

prepara á entrar en un nuevo período de su vida, que será ya una vida mas propia, mas individual, como pueblo que empieza á emanciparse despues de una larga tutela. Va á recibir una gran modificacion en su existencia. Veamos cómo se fué realizando esta trasformacion social.

LIBRO CUARTO.

DOMINACION GODA (1).

CAPITULO I.

DESDE ATAULFO HASTA EURICO.

De 414 á 466.

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo.—De los alanos.—De los vándalos.—De los suevos.—De los godos.—Primeros reyes godos que vinieron á España.—Ataulfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia á los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la segunda Aquitania, y fija su córte en Tolosa.—Teodoredo.—Guerras entre los vándalos y los suevos de Galicia.—Correrías destructoras de los vándalos.—Trasmigran á Africa y fundan allí un reino.—Conquistas de los suevos de Galicia.—Rechario, primer rey suevo cristiano.—Guerras de los godos con los romanos en la Galia.—Sitios de Arlés y Narbona.—Triunfo de Teodoredo.—Paz con Aecio.—Famosa irrupcion de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los campos Cataláunicos.—Atila es vencido.—Muere Teodoredo en la batalla.—Proclamacion de Torismundo.—Breve reinado de este godo.—Sucédele Teodorico.—Derrota á los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Confusion y desórden en el imperio romano.—Estension que adquiere el reino gótico en las Galias.—Muerte de Teodorico.

Cuando se derriba y desmorona un viejo edificio para reconstruirle sobre nuevos cimientos y darle

(1) Comprendemos, como observa el lector, este período en la edad antigua. Ni se ha fijado bien ni es fácil determinar con

nueva planta y forma, sin dejar de aprovechar los materiales útiles del que se destruye, mézclanse en el principio y se revuelven los antiguos y los nuevos elementos, hasta que la mano hábil del artífice va dando á cada uno la conveniente colocacion y asentándolos en el lugar que á cada cual corresponde, según el plan que lleva ideado en su mente. Así al irse desmoronando el antiguo imperio romano mézclanse y se revuelven confundidos sus fragmentos con los nuevos materiales que han de entrar en la reconstrucción del edificio social. Los hemos visto, y aun los veremos más, unirse, separarse, descomponerse, luchar entre sí, sin que se sepa todavía, aunque algo se deje traslucir, cuál sea el elemento que ha de do-

exactitud el principio, el término, la duración precisa de la edad media. Algunos abarcan bajo esta denominación el espacio de cerca de diez siglos que medió entre la destrucción del imperio romano en Occidente hasta la destrucción del mismo en Oriente. Otros hacen comenzar la edad media en la época de la grande irrupción de las naciones germánicas, esto es, en 496. Otros la difieren hasta la ocupación de Roma por Odoacro. La misma variedad en cuanto á su terminación; fijándola unos en el descubrimiento del Nuevo Mundo, otros en la reforma de Lutero, otros en la toma de Constantinopla, etc. Suelen los franceses en sentido estricto contar su edad media desde el reinado de Carlomagno. En España creemos estar en caso escepcional respecto á las demás naciones de Europa en es-

te punto. Pues aunque aquí como en las demás partes iniciaron los hombres del Norte una edad nueva, su completa desaparición en el principio del siglo VIII. nos hace mirar aquel período como una época de transición, y la verdadera y rigurosa edad media comprende desde la irrupción de los árabes hasta su completa espulsión, ó sea, si se quiere, hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos y principio del de Carlos V. Por eso, y por no poder constituir la dominación de los godos, una edad aparte por sí sola, hemos creído deber incorporarla con más razón á la edad antigua que á la edad media. Permitámonos la frase que vamos á usar. La dominación goda fué para España al mismo tiempo el *apéndice de la edad antigua*, y el *prólogo de la edad media*.

minar sobre los otros; hasta que esa ley secreta y providencial que rige las sociedades y las lleva al través de las revueltas y de las convulsiones al fin á que están destinadas por el que gobierna el universo, vaya dando á cada cual la conveniente colocacion con arreglo al plan que ha sido trazado por el grande artífice.

Multitud de tribus bárbaras han invadido el imperio y se han desparramado por sus regiones, y aun no ha acabado el Septentrion de brotar hordas salvajes. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre España. Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Península. ¿Pero cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su índole es la movilidad; conquistan, saquean, y emigran á otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan según se lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentacion social. Y la misma confusion que agita al mundo en lo material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hácia su fin al través de este caos; esta confusion ha de traer un órden nuevo al mundo, y de aquí ha de nacer,

para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolución que va á obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigración de esas grandes masas de hombres que inundaron el Norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía á Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacia que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia ó Tartaria, vivían en las heladas regiones de la Escandinavia ó Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La providencia parecía haberlas colocado allí como queriendo tenerlas dispuestas para la misión que un día había de encomendarlas. La superabundancia de población, unida á la esterilidad de aquellos helados y rigurosos climas, les hacía apetecer y buscar un sol más claro y un suelo más fecundo. Tribus nómadas y guerreras, obligaban á los pueblos vecinos á cederles su territorio, y los más fuertes lanzaban á los otros de las comarcas que ocupaban, ó los forzaban á someterseles; y los más inmediatos al imperio romano, ya empujados por los pueblos que tenían á su espalda, ya envidiosos de la fertilidad y dulzura del país meridional que delante

tenían, se arrojaban á invadir las vecinas provincias del imperio. Los márgenes del Danubio eran como la línea divisoria entre la barbarie y la civilización. Rota una vez esta, comenzó la pelea entre los hombres de la antigua sociedad destinada á perecer, y los hombres de la nueva sociedad destinada á reemplazarla, ó por lo menos á refundirla.

Mientras los romanos conservaron un resto de su antiguo valor, mientras se pudo mantener en sus ejércitos la disciplina, y mientras estuvieron al frente del imperio hombres como Marco Aurelio, Constantino y Teodosio, los bárbaros, aunque repitieron las incursiones, aunque su vigor, su ferocidad y su paciencia los hacía á propósito para la guerra y los combates, no pudieron todavía fijarse definitivamente en las provincias romanas. Lo que hicieron los godos, primeros invasores y como vanguardia de los pueblos bárbaros, fué ir debilitando en lo material un imperio que la corrupción interior iba también moralmente corroyendo, al propio tiempo que ellos se dejaban ganar insensiblemente á la civilización, hasta el punto que había de convenir para la misión que estaban llamados á desempeñar. Mas cuando el imperio dejó de estar sostenido por manos vigorosas y robustas, cuando la molición y relajación le tenían enervado, entonces, á fines del IV. y principios del V. siglo de la era cristiana, de todas las regiones del Norte casi simultáneamente, y como movidos por un misterioso impul-

so y por un agente secreto, cayeron sobre el antiguo mundo romano con impetuosidad irresistible aquellos enjambres numerosos de alanos, de suevos, de marcomanos, de herulos, de hunos, de godos, de jépidos, de borgoñones, de vándalos, de alemanes, y de otra multitud de razas indo-escitas y germanas; que fué uno de los mas grandes acaecimientos, acaso el mayor y mas portentoso que se cuenta en los anales de la humanidad. De aquellos pueblos, mientras los godos al mando de Alarico saqueaban la capital del antiguo mundo, venian á España, despues de haber devastado las Galias, los suevos, los vándalos y los alanos.

Los alanos, pueblo de raza escítica, habian habitado al principio entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Luego estendieron sus conquistas desde el Volga hasta el Tanais, y penetraron por un lado hasta la Siberia y por otro lado hasta Persia y la India. Invadido su pais por los hunos, procedentes de las fronteras de la China, una parte de ellos se refugió á las montañas del Cáucaso, donde conservó su independencia y su nombre: otra parte avanzó hasta el Báltico, donde se asoció á las tribus septentrionales de Alemania, con los suevos, los vándalos y los borgoñones, contra los godos. Tan agrestes y feroces como amantes de la libertad, la guerra, el pillage y la destruccion eran sus placeres. Todo el objeto de su culto un sable clavado en la tierra; su fuerza militar, como la

de casi todos los pueblos tártaros, consistia en la caballería, y adornaban los caparazones de sus caballos con los cráneos de sus enemigos. Entre las hordas bárbaras que inundaron el mundo civilizado, los alanos se mostraron de los mas sanguinarios y crueles. Tal era la tribu que se habia apoderado de la Lusitania.

Los vándalos, que se cree pertenecian á las razas puramente germánicas, habian habitado todo lo largo de la costa septentrional desde la embocadura del Vístula hasta el Elba. Habian hecho ya algunas invasiones en el imperio, y tambien habian peleado contra los godos. En la última irrupcion venian de la Pannonia. Su amor á la independencia era igual al de los demás salvages. Depredadores por inclinacion, la memoria de sus devastaciones quedó en las tradiciones humanas como la de los grandes cataclismos, y el nombre de vándalos ha sido proverbialmente aplicado á todos los destructores de monumentos y de bellas artes. Tocóle á esta raza llevar su planta destructora á la Bética.

Habian habitado los suevos cien cantones del interior de la Germania desde el Oder hasta el Danubio. Cada canton contribuia anualmente con mil guerreros para defender los intereses de todas las tribus. Eran los mas bravos y temidos de los germanos. Su placer era esterminar, aniquilar poblaciones, y formar en torno de sí grandes desierto. Retazos de pieles gro-

seramente curtidas cubrían algunas partes de su cuerpo, y sustentábanse de la caza, y de la carne y leche de los ganados. Toda su religion consistia en sacrificar cada año un hombre en medio de bárbaras ceremonias en un bosque que llamaban sagrado. Distinguíanse por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza y recogian en una bolsa para entrar en batalla. Fueron de los que acompañaren á los vándalos y alanos en la invasion de las Galias y de España. Instaláronse estos en Galicia.

Los godos, á quienes mas nos importa conocer, eran, como los alanos, originarios de Asia, comprendidos bajo el nombre genérico de scytas ó getas. En sus trasmigraciones habian pasado á la Escandinavia, que Jornandes supuso equivocadamente haber sido el pais natal de los godos. Sin que se haya podido fijar todavía la época cierta de cada emigracion antigua de las tribus góticas, hallábanse ya en los primeros siglos de la era cristiana dos pueblos de godos, el uno en las costas del Báltico, y el otro entre el Tanais y el Danubio, en los confines del Asia y Europa. Raza asiática en las costumbres, como los alanos y los hunos, germánica en la lengua como los suevos, los francos y los sajones, dividíase la nacion en dos grandes tribus, y denomináronse por la diferente posicion que ocupaban, los unos *ostrogodos* ó godos orientales, los otros *visigodos* ó godos occidentales (*Ost-Goths*, y *West-Goths*), separados por el Dnieper (*Borysthenes*).

Detuviéronse en sus incesantes correrías los que llegaron á las márgenes del Danubio, asi por los abundantes pastos que alli encontraron para sus ganados, como por no serles ya fácil llevar sus escursiones á paises en que dominaban las poderosas armas romanas. Alli hicieron alto largo tiempo, formando como la avanzada del grande ejército de los bárbaros. Pero engrandecidos ellos, y próximos á la civilizacion, no tardaron, como en su lugar hemos visto, en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban, ni dejaban de repetir sus incursiones. Y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano, recibian á su vez en sus rudas imaginations las impresiones de la civilizacion. Poco á poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veian; el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiracion, respeto, deseo de imitacion; las relaciones de los prisioneros mismos les hacian comparar las privaciones de su condicion inculta y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio, y fueron á enseñarles la excelencia y las ventajas de una religion y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de los bosques traian. Asi los visigodos, sin perder aun su primitivo vigor y ener-

gía, iban deponiendo un poco los instintos salvajes.

Llegó al fin el caso de verse como apretados, comprimidos y como empujados estos pueblos por otros mas bárbaros y mas feroces que detrás de ellos venian. Eran los hunos, raza la mas salvaje de todas: los hunos de horrible aspecto y de deforme rostro, que saliendo del fondo de la Tartaria y de las orillas del mar Caspio, habian derramado sus innumerables hordas sobre el gran camino de las emigraciones asiáticas, y se encaminaban tambien hácia Occidente; encuentran los hunos á la raza poderosa y libre de los alanos y la someten: el vasto imperio de los ostrogodos, presidido por el viejo Hermanrico (*Heero-Mann-reich*, rico en hombres de armas), no puede tampoco resistir al ímpetu de aquella nueva avenida, y lleno de terror acaba por someterse tambien con casi todos sus aliados á los feroces hunos, y por engrosar el torrente de la invasion en lugar de resistirle. Coincidió este acacamiento con la época en que el imperio romano iba en visible decadencia, y entonces fué cuando se decidieron los visigodos á pasar por la vez postrera el Danubio, abandonando sus antiguas posesiones, y pidiendo en el imperio tierras que habitar. Entonces fué tambien cuando el obispo godo Ulphilas convirtió á sus compatriotas al arrianismo que profesaba el emperador Valente ⁽¹⁾.

(1) Jornand. De Reb. Geb.— Marcell. Hist.—S. Isid. Hist. Goth. Procop. De Bell. Vandal.—Amm. —Tacit. De mórt. German.—Idat.

Desde esta época hasta su primera entrada en España hemos seguido paso á paso á los visigodos en sus relaciones con el imperio romano; principalmente con Honorio, bajo sus dos primeros reyes Alarico (*All reich*, todo rico) y Ataulfo (*Atta*, padre; *Hülfe*, socorro). Dejamos tambien referido en el precedente libro ⁽¹⁾, como Ataulfo, á consecuencia de haberse desavenido con Honorio, invadió la España al frente de sus godos, y despues de haber combatido en ella los vándalos, murió asesinado en Barcelona por Sigerico (*Siege reich*, rico en victorias), cuyo reino duró solo siete dias, habiéndole asesinado á su vez los suyos.

Aun cuando Ataulfo no pueda decirse con propiedad el primer rey godo de España, puesto que solo dominaba una parte de la Tarraconense, él fué sin embargo el que concibió el pensamiento de arrojar de la Península española las razas bárbaras que la inundaban, probablemente con la intencion de fundar en ella un imperio gótico, cuyo pensamiento fué constantemente proseguido por sus sucesores.

Proclamado Walia (*Wal*, baluarte) rey de los godos, supo con una política y una destreza no propias de un bárbaro, halagar primeramente el ódio de sus gentes hácia los romanos, aparentando querer hacer á estos la guerra. Mas como el general romano

Chron.—Aschbac, Geschichte der demia de la Hist. Tom. I. West Gothem.—Memor. de la Aca- (1) Cap. VII.

Constancio le propusiera la paz con la sola condicion de que le devolviera á Placidia, á quien seguia amando siempre, y á quien Walia tenia el estéril honor de guardar en su poder, aceptólo el godo con la cláusula de que le suministrára el romano seiscientas mil medidas de trigo para mantener su ejército; cláusula que no podia menos de contentar á sus soldados, faltos como se hallaban de subsistencias, y talados como estaban los campos. Con esto tuvo la habilidad de persuadirles que no era á Roma á quien les convenia entonces combatir, sino á los suevos, vándalos y alanos de España. «Roma es ya demasiado débil, les »decia, y podemos darla por vencida. ¿Qué interés »tenemos en conservar en nuestro poder á la hermana »de Honorio? Volvámosle á Placidia, y llevemos »nuestras armas contra los vándalos y suevos, que es »mas digno de nuestro valor, y cuando hayamos con- »cluido con ellos, Roma se humillará á nuestros pies »por sí misma.» Acogieron los godos con entusiasmo las razones y la voluntad de su rey, y Walia los llevó á pelear con los vándalos de la Bética.

Breve y gloriosa fué esta primera campaña de Walia: los vándalos fueron vencidos y obligados á cruzar lo interior de la Península en busca de un asilo entre los suevos de Galicia, con quienes momentáneamente se confundieron. Walia intentó una expedicion á Africa, pero una tempestad que dispersó su flota le obligó á renunciar á su proyecto. Lo mismo habia intentado

antes Alarico desde Italia, y otra tempestad habia frustrado tambien sus intenciones. Parecia que era la voluntad de la Providencia que los godos no salieran de Europa, y que fundáran en Occidente un imperio gótico, precedido del estermio de las otras razas bárbaras. Revolvió Walia entonces contra los alanos de la Lusitania: deshízolos igualmente, y sus restos fueron á incorporarse con los vándalos. Disponíase ya á acometer á los suevos, cuando supo que estos, temiendo sin duda el empuje de las armas godas, habian reconocido la soberanía de Roma y héchose tributarios del imperio, y se detuvo Walia en la carrera de sus victorias por un resto de respeto á la magestad romana.

Honorio, que celebraba los triunfos de los godos en España haciéndose la ilusion de que le pertenecian á él, recompensó á Walia, dándole la Segunda Aquitania, estendiéndose de este modo el imperio gótico desde Tolosa de Francia hasta el Océano, comprendiendo tambien la mitad del pais entre el Garona y el Loire. Walia fijó su asiento y la córte del imperio gótico en Tolosa, donde murió hácia el año 420

Sucedióle Teodoredo, que otros con San Agustin nombran Teodorico. Durante los primeros años de su reinado, los vándalos que se habian refugiado entre los suevos de Galicia, subleváronse contra los mismos que les habian dado hospitalidad, y les hicieron cruda guerra. Pero al fin, rechazados con vigor, viéronse

aquellos bárbaros precisados á volver á la provincia á que habian dado su nombre, donde tornaron á ejercer sus acostumbrados estragos, y estendiéndolos á las costas de Valencia, tomaron y saquearon á Cartagena, diéronse á piratear por aquellas costas y las de las Baleares, y como si se cansára pronto de todo ejercicio este pueblo movable y versátil, volvió otra vez á establecerse en Andalucía animado del mismo espíritu de destruccion, único que no le abandonaba nunca. Un acontecimiento inesperado vino á libertar las fértiles y desgraciadas comarcas de la Bética de aquella plaga asoladora.

En 424 habia muerto Honorio, aquel emperador á quien cupo la triste suerte de ver la púrpura de los Césares hollada por la planta salvaje de los hijos de los bosques. Habiale sucedido en el trono imperial el niño Valentiniano III., hijo de su hermana Placidia, la viuda de Ataulfo, la cual regia el imperio durante la menor edad de su hijo. Nombrado prefecto de Africa por la regente el conde Bonifacio, fué muy pronto relevado de aquel gobierno por instigacion de Aecio, general y consejero íntimo de Placidia. Tomólo Bonifacio por desaire y afrenta, y á impulso del resentimiento resolvió vengarse de los cortesanos sus enemigos, á cuyo fin buscó el apoyo de los vándalos de Andalucía invitándolos á que pasáran á Africa, y ofreciéndoles las dos terceras partes de las posesiones romanas en aquellas regiones, reservando solo para sí

la tercera con tal que le dieran ayuda. Acogieron los vándalos la proposicion, ó por espíritu de movilidad, ó halagados por el ofrecimiento, ó deseosos de reposar de las inquietudes que sufrían en la Península, ó por todas estas causas juntas. Dispusiéronse pues los vándalos á una nueva trasmigracion, y con su rey Genserico á la cabeza, cargando con todo el fruto de sus saqueos, y reuniendo sus mugeres y sus hijos, dirigiéronse al estrecho de Gibraltar, donde se embarcaron en número de ochenta mil (428). Ahora iban los vándalos á Africa, llamados por un conde resentido, llevando el mismo derrotero que tres siglos despues habian de traer los moros de Africa á España, invitados por otro conde resentido tambien. En el espacio de tres siglos se ven iguales sucesos producidos por las mismas pasiones. Poco tardó Bonifacio en arrepentirse de su obra; pero era ya tarde. Apoderáronse los vándalos de toda la Mauritania, pusieron sitio á Hipona, donde murió la gran lumbrera de la Iglesia San Agustín, se posesionaron de Cartago á los 585 años de haber el jóven Escipion destruido la ciudad de Anibal, y fundaron en Africa un imperio que solo la espada de Belisario habia de poder mas adelante destruir. Asi iban los bárbaros del Norte entrando en posesion de todo el antiguo mundo.

Vinole bien á España, que asi se vió libre de aquellas hordas feroces. Quedaban solo los suevos, (porque los alanos habian sido aniquilados), pueblo

no menos feroz y belicoso que los vándalos, que viendo las provincias del Mediodía abandonadas por estos quisieron conquistarlas para sí. Opusieron en vano así los romanos como los españoles mismos, tan fáciles en adherirse á los godos, que en medio de sus violencias trataban mejor á los indígenas, como enemigos de la dominacion de los demás bárbaros. Victoriosos los suevos en una batalla que aquellos les presentaron cerca del Genil, ocuparon á Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron á reunir bajo sus dominios la Galicia, la Bética y la Lusitania, llevando mas adelante sus conquistas hasta la Cartaginense, provincia que se habia conservado romana, y que no fué restituida al imperio hasta el 443. Así se habia ido estendiendo y al parecer consolidando el reino suevo bajo sus dos primeros reyes Hermerico y Rechila, si bien contra el torrente de las poblaciones españolas, que no cesaban de protestar contra esta dominacion, y á disgusto del clero cristiano de Galicia, que en una ocasion habia enviado al obispo Idacio con la mision de solicitar de los romanos los ayudas á sacudir el odioso y pesado yugo de aquellos feroces extranjeros.

Los suevos además se habian mantenido paganos. Pero una revolucion religiosa se obró poco antes de mediar el siglo V. entre los suevos de Galicia. Habiendo muerto en Mérida el sanguinario y conquistador Rechila, su hijo Rechiario que le sucedió, se con-

virtió á la religion cristiana. Pero el suevo ni dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos esperimentaron los efectos de su conversion al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoredo, el rey de los godos, salió á recibir á su esposa hácia los confines de los vasco-navarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar á ver á su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó á Tolosa, donde dejó admirados á los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta devastó y pilló los paises de Lérida y Zaragoza, regresando impunemente á sus estados, porque no habia soldados romanos que defendieran las provincias que aun pertenecian nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.

¿Qué hacian entretanto los godos que habian de ser los señores de España? Aunque los godos poseian la parte de la Tarraconense comprendida entre los Pirineos, el Llobregat y el Segre, sus dominios principales estaban en la Galia Meridional, donde ocupaban un territorio capaz de constituir un reino de regulares dimensiones. Hallaba no obstante su rey Teodoredo estrechos los límites de la Aquitania, y aprovechando las discordias que despues de la muerte de Honorio traian mas y mas conmovido el ya harto trabajado y desfalleciente imperio, quiso recobrar todas las provincias de la Galia que Honorio habia cedido primitivamente á Ataulfo, y puso sitio á la fuer-